

avanzadas se estaban nombrando, y el entusiasmo del batallón de mis hermanos hizo que le destinasen á uno de los puntos más cercanos al campamento de los *ayacuchos*, como empezaron á llamar á los esparteristas.

La Providencia velaba sin duda por mí.

Puesto en marcha, ocupé mi puesto y nos dirigimos al que nos habian destinado, en medio de los vivas y aclamaciones de la multitud, ávida siempre de gritar sin preguntar el por qué y sin reflexionar si los gritos de —*muera*— son justos, ni si los de —*viva*— son merecidos.

El caso es gritar, y por lo tanto gritaban todos á porfía.

Llegamos á nuestro destino y tuve la fortuna de que me dieran el mando de una de las avanzadas.

Aunque niño no desconocia el peligro, pero acepté, y despues de establecer los centinelas, me puse á reflexionar.

Los individuos francos de servicio me rodearon, y yo tuve que empezar por hablarles de los rigores de la ordenanza, de lo terrible de sus castigos y del carácter que los jefes tienen que representar, especialmente en campaña.

Les dije que tuviesen en cuenta que los soldados que estaban sitiando en aquel momento á Granada habian comido el dia ántes con ellos, y que, como españoles, eran hermanos nuestros, máxime cuando á ellos y al valiente caudillo que defendian les debia la España entera su salvacion.

Todos me escuchaban en silencio, y yo aproveché

aquella especie de respeto para herirles la fibra del sentimiento y del amor á la patria.

Les recordé la muerte de Mariana Pineda, realizada por los genízaros de un poder que nos habia ayudado á derribar el mismo á quien tan injustamente rechazaban; y aquellos hombres, tan decididos momentos ántes á luchar contra los defensores del duque de la Victoria, comenzaron á dudar y concluyeron por ser de mi opinion.

Entretanto se acercaba la noche y debian relevarnos. Yo veia trascurrir las horas y mi agonía iba en aumento.

Decidido á todo, mandé retirar los centinelas y formar un círculo para comunicarles un grave asunto.

Me coloqué en el centro, y dando á mi voz todo el sentimiento de que era susceptible mi corta edad, les dije que un deber imperioso me llamaba al regimiento y que me hallaba dispuesto á cumplirlo aun á costa de mi vida; añadiendo que si mi deber era acudir allí, donde estaba la bandera que habia jurado, mi cariño al duque de la Victoria me empujaba adonde se defendia su nombre.

Volví á recordarles el asesinato de Mariana Pineda y el abandono en que se hallaba su hijo, con quien me unian lazos de una probada amistad y á quien todos los granadinos querian y respetaban como merecia.

Despues de esto les dije que me dejasen marchar sin resistencia, porque de lo contrario tendrian que manchar sus manos con la sangre de un inocente.

No era menester tanto, como vi despues, para que todos á una aprobasen mi decision y se brindasen á acompañarme.

Cada uno de ellos queria ser el primero á defenderme, si llegaba el caso de que alguien atentase á mi vida, y al anochecer emprendimos la marcha, llegando á la media hora adonde estaba la primera avanzada del ejército sitiador, cubierta precisamente por fuerzas de mi regimiento.

Prévias las formalidades de ordenanza, pasamos la línea y esperamos á que el valiente general Van-halen dispusiera de nosotros.

Pero ¿cuál sería nuestra sorpresa cuando al amanecer del dia siguiente, y en el momento en que dicho general daba las gracias á los milicianos que me habian acompañado y á mí me distinguia con un apretón de manos, divisamos una pequeña columna que avanzaba hácia nosotros en ademan hostil?

Reconocida dicha fuerza, manifesté al general que era la compañía á que pertenecian mis hermanos.

Entónces dispuso que se enarbolase un pañuelo blanco para evitar que aquellos decididos y bravos milicianos provocasen un combate desigual y sin resultado favorable para ellos.

Dado el alto por el centinela más próximo, y obedecido por aquellos, avanzó mi hermano, haciéndolo despues sus dignos compañeros á una indicacion del general.

Inmediatamente dispuso éste que expusiesen el objeto de su llegada, manifestando mi hermano que so-

lamente era el de conducirme á Granada con la fuerza que me habia seguido:

—En una palabra, mi general, concluyó diciendo; ese *pequeño* era el ídolo del batallon, y estamos decididos á llevarle para castigar su falta de agradecimiento.

El general escuchó con atencion quanto dijo mi pobre hermano; y cuando hubo concluido, le contestó:

—Mucho siento no poder secundar los deseos de ustedes en quanto á su *pequeño ídolo*; por lo que respecta á los bravos milicianos que le han acompañado, quedan en libertad de obrar como quieran.

Observando yo que esta determinacion no fué del agrado de mi hermano, y temiendo que contestase de una manera inconveniente, supliqué al general me concediese permiso para hablarle, otorgándomelo en seguida, pero á condicion de que lo hiciese en voz alta.

Le di las gracias, y dirigiéndome á mi hermano, le dije:

—Si bien es cierto que en Granada están nuestros padres, tambien lo es que en el campo de batalla está mi bandera.

Mucho sufro al dejarlos; pero más sufriría si por mi causa cayese un borron en el emblema á cuyo rededor se hallan agrupados tantos hijos de familia, más dignos que yo y más acreedores á la honra de morir defendiéndole.

Vuelve al seno de la familia y de la amistad, y di que valen mucho para que yo les olvide; que en el

campo y en la ciudad, en la paz y en la guerra vivirán siempre conmigo; y que si muero, mi postrer suspiro será para ellos, y mi última mirada para mi bandera.

Un silencio sepulcral me rodeaba; las miradas de todos se dirigian alternativamente á mi hermano y á mí.

La emocion que sentia en aquel momento me la explico ahora que tengo cuarenta años.

A pesar de mis deseos de convencer á mi hermano para que se retirase y me dejara cumplir con mi deber, no sabía qué decirle ya.

Habia enmudecido.

Entónces me volví al general y no pude resistir su mirada. En ella estaban retratados el cariño del padre y la proteccion del jefe.

Esto me dió fuerzas, y dirigiéndome otra vez á mi hermano, que me miraba conmovido, continué:

—Si mi conducta no merece vuestra aprobacion, olvidadme; no vengais á turbar la paz de mi conciencia. Retírate, pues, hermano mio, y no olvides que he jurado morir al lado de mi bandera y al grito de «Patria y Libertad.»

Un prolongado viva al duque de la Victoria puso fin á aquella escena, y tanto mi hermano como sus dignos compañeros aprobaron mi conducta, retirándose á su campamento.

La voz del honor halla siempre eco en el corazon de los buenos.

Á los pocos dias levantamos el sitio y nos dirigimos á Sevilla.

El cuerpo de ejército que sitiaba aquella población nos recibió lleno de entusiasmo y fuimos á ocupar nuestro puesto.

La ciudad era fortificada cada dia más, y nosotros preparábamos el ataque.

La tenacidad de los sitiados competía con nuestro ardor.

Por fin se rompió el fuego y de una y otra parte se derramó la sangre en abundancia. El regente abandonó la córte para ponerse al frente del ejército y esto acabó de perderle y de perdernos.

Apénas hubo llegado á Sevilla cuando recibió la noticia de que los Conchas iban en su persecucion.

Otro hombre más apegado al poder hubiese esperado tranquilo á sus enemigos, seguro de hacerles morder el polvo.

El ejército confiaba en él y estaba ansioso de probarle una vez más su adhesion y su cariño.

Pero el duque de la Victoria no queria que se derramase más sangre y mandó levantar el sitio.

Accion heroica; accion sublime que la España no supo apreciar como debia, cuando permitió que aquel hombre se viese obligado á refugiarse en un buque extranjero.

El ejército, entretanto, se fraccionaba sin objeto.

Los jefes no sabian qué partido tomar, aislados como se encontraban y abandonados por el que ellos creian que los conduciría á la victoria.

Los soldados lanzaban terribles imprecaciones y du-

daban si escuchar la voz de sus jefes ó retirarse á sus casas.

Puede decirse que la desconfianza y el temor se habian apoderado de aquel ejército que momentos ántes podia presentarse como modelo de subordinacion, de disciplina y de valor.

Las deserciones fueron muchas.

Tres de mis compañeros me propusieron abandonar el campamento y correr en busca del duque.

La eleccion no era dudosa para quien como yo le amaba ciegamente, y acepté.

Nos dirigimos á Utrera, pero llegamos tarde.

Habia salido el dia ántes para el Puerto de Santa María y acaso estaria ya embarcado.

Entónces marchamos á Jerez de la Frontera. Una vez allí, nuestra posicion se hacía cada momento más difícil.

La desercion no podia disculparse, y si nos descubrian deberíamos sentir todo el peso de la ordenanza.

En tan apurada situacion decidimos ocultarnos y esperar una ocasion favorable para salir del compromiso.—Pero dónde?

La Providencia nos deparó un hombre que adivinó nuestra posicion.

Habia sido cocinero del duque, y esto le garantizaba.

Protegidos por él permanecemos algun tiempo en aquella hermosa ciudad; pero un dia, al atravesar la calle de Algarve, observé que me seguian dos hombres. Los tuve por esbirros y temblé.

Los espías son siempre temibles.

Hieren por la espalda.

Comuniqué mis temores á mis compañeros y decidimos abandonar á Jerez, marchando á Cádiz, donde podíamos hallar con más facilidad nuestra salvacion.

Á la noche siguiente nos pusimos en marcha, armados y equipados como si fuéramos á unirnos al regimiento; disfraz, por decirlo así, que nos ponía á cubierto de toda sospecha.

Por fin llegamos á Cádiz sin que nadie se fijase en nosotros.

Nos habríamos salvado?

Así lo creimos al vernos bajo las murallas de la poblacion, y mucho más cuando vimos junto á la puerta del mar un hombre que se ofreció á conducirnos al cuartel de transeuntes, ofrecimiento que nos hizo en voz alta, sin duda para alejar toda sospecha.

Era el cocinero del duque, nuestro protector de Jerez, que sin comunicarnos su designio habia ido á Cádiz y hacía dos dias que nos esperaba.

Aceptamos pues, y nos condujo á una casa preparada de antemano.

Allí permanecemos dos meses sin más contratiempo que algunas preguntas de los vecinos á quienes llamaba la atencion nuestra vida reservada.

Un dia oimos hablar de conspiraciones y de que se perseguia á los esparteristas; pero no hicimos caso.

Despues se dijo que iban á ser registradas ciertas casas, y esto nos alarmó.

Comprendimos que nuestra posicion se iba haciendo

cada dia más difícil, no sólo por esto, sino porque los recursos se acababan y no era justo que nuestro protector se arruinase, y lo que era peor, que se comprometiese por salvarnos.

Era preciso tomar una resolucion.

Y con efecto, acordamos marchar á América; pero cómo?

Los requisitos que se exigian para ello eran tales que hubimos de desistir.

En tan apurada situacion se nos presentó el cocinero del duque y nos dijo que nuestra seguridad corria peligro y que era preciso abandonar la poblacion.

Yo propuse acercarnos á uno de los esparteristas que aún habia en Cádiz y pedirle consejo y proteccion, ofreciéndole en cambio nuestros servicios, porque valia más morir combatiendo que sucumbir en la impotencia y el abandono.

Cuánto aprendí en aquellos tres meses! — El niño era ya hombre.

Mis compañeros aceptaron la proposicion, pero nuestro protector la rechazó, porque temia no encontrar la persona que necesitábamos, y dando á su voz un tono de seguridad que nos dejó sorprendidos, exclamó:

— Yo creo que, si os hallais dispuestos á luchar, podeis salir para la Habana, fiando á la Providencia vuestra salvacion.

— Sea! dijo el mayor de mis compañeros despues de un momento de silencio. — Oid mi plan: Pablo se encargará de decirnos qué buque es el primero que sale para allá; esperamos el dia, cada uno donde pueda, para



lo cual haremos circular por la vecindad la noticia de que vamos á pasar unos dias en Puerto Real ó en la Isla.

Nuestras entrevistas serán diarias, pero cortas, y por la noche, en el sitio más público de Cádiz; en la plaza de San Antonio, por ejemplo; cuando llegue el momento de partir venimos á uniformarnos, y nos despedimos para Granada ó para Madrid, ó para el Infierno; el punto es lo de ménos.

Es el único medio de no infundir sospechas.

Bajamos al muelle y esperamos á que el buque se haga á la vela.

Cuando veamos que va á rebasar las Puercas (1) tomamos un bote y ordenamos al patron que nos lleve á bordo. Si duda, aumentamos la paga, que él aceptará. Esta gente hace milagros cuando quiere.

Una vez á bordo nos preguntará el capitán cómo nos embarcamos sin su permiso.

Yo le contestaré que llevamos instrucciones reservadas del comandante general, y que me hallo dispuesto á manifestárselas. Me mandará bajar á la cámara, y una vez allí, yo respondo del resultado. Si acepta mis proposiciones, bien; si no..... ya sabemos cuál es nuestro deber: morir matando. Los delitos á bordo y en alta mar no tienen escape.

(1) Piedras enormes, cuya parte superior llega á la superficie del agua, formando una especie de cadena que atraviesa la embocadura del puerto.—Algunos afirman que aquellas son las ruinas de la antigua Gades, hoy Cádiz.

—Aprobado—dijo Pablo.—Hasta luégo.—Y salió precipitadamente.

Como nosotros no teníamos más que una voluntad, no tuvimos que hacer observacion alguna.

Almorzamos como de costumbre, y esperamos la vuelta del cocinero.

No habrian trascurrido tres horas, cuando se presentó radiante de alegría diciendo:

—En marcha: no hay tiempo que perder. La fragata mercante *Gloria de España* zarpa esta tarde.

—La Providencia nos ahorra la mitad de la jornada—dije yo.

Á la media hora ya estábamos dispuestos; el moral provisto y los fusiles cargados.

Nos dirigimos al muelle, y apénas divisamos la fragata, fijamos en ella nuestra vista, con la misma avidez que el avaro contempla su tesoro, y como si de esta manera acertásemos la distancia.

El buen Pablo vino á sacarnos de aquella especie de arrobamiento, presentándonos tabaco y pan en abundancia.

—No puedo otra cosa—dijo—y sus ojos se humedecieron.—Tambien teneis el bote pagado, y para desorientar al patron le he dicho que yo espero su vuelta con una señal convenida, para quedar satisfecho de que os ha dejado á bordo de la fragata. Me olvidaba deciros que el capitan es un liberal á prueba de vendavales. Ahora sólo os encargo que, si algun dia volveis á España, no dejeis de visitar á Pablo, el cocinero del duque.

Nos despedimos y aún creo que también lloramos.

La nobleza de aquel hombre no estaba representada en pergaminos; la tenía escrita en el corazón.

Cuando entramos en el bote nos echó su bendición y fué á sentarse junto á la muralla.

La fragata llegaba ya al punto convenido. Parecía imposible que pudiésemos alcanzarla; pero el marinero se había comprometido, y cuando un hombre de éstos empeña su palabra, con garantía de su embarcación, no falta.

Efectivamente; la distancia disminuía con tal rapidez, que no parecía sino que la fragata estaba esperándonos, y que el bote volaba hácia ella para no desesperar al capitán.

Cuando nos pusimos al habla era ya la caída de la tarde.

Entonces dijo el patrón:—Llamo?

—No es necesario — le contestamos los cuatro á la vez.

Al atracar á su costado se distinguían ya los objetos con dificultad.

Apénas comenzamos á subir se dirigió á nosotros uno de los marineros, que luego supimos era el contra-maestre, y nos dijo:

—Cómo tan tarde, buena gente?

—No ha consistido en nosotros—le contestamos—sino en los jefes, que nunca tienen prisa, porque creen que todos están obligados á esperar sus órdenes; por nuestra parte, sentiríamos que esto aumentase el trabajo de usted.

Esta galantería no le disgustó, y ayudándonos á subir, nos dijo, apénas se hubo retirado el bote:

—De parte de quién aviso al capitan?

—De parte del comandante general —dije yo.

Entónces se fijó en mí, y poniendo la mano en mi hombro, exclamó:

—Tan chaval y ya es usted sargento! — ¡Por Santa Bárbara, que si continúa usted así, pronto llegará á general!

Como nuestro objeto era retardar cuanto pudiesemos la entrevista con el capitan, aproveché aquella ocasion y le contesté sin turbarme:

—Eso no puede ser!

—Por qué?

—Por la sencilla razon de que los pobres llegan difícilmente á ese grado.

—Bah! eso es desconfiar de la suerte; y si no, vea usted á Espartero; de la nada salió y llegó á rey, que es un poco más.

—No le falta á usted razon; pero no todos tienen su genio y su fortuna.

—Pobre señor! —Si ustedes le hubieran visto cuando se embarcó, de seguro que hubieran pasado un mal rato. Yo estaba á bordo de la fragata y no acertaba á separarme de la toldilla de popa por no perder ni el menor de sus movimientos. Apénas puso los piés en el «Malabar,» una de las mejores quillas que han salido de los astilleros ingleses, volvió la vista á Cádiz, como el marino que se despide de su novia para hacer una larga travesía. Casi, casi hubiera jurado que lloró.—

Pues y mi capitán ! Ese sí que lloró de veras ! ¡Le quiere tanto ! Oh ! ¡si ustedes fueran del ejército que le acompañó hasta lo último , para qué querían más ! Pero se pierde el tiempo y voy á pasar recado.

Las últimas palabras del contramaestre nos estremecieron.

La hora fatal se aproximaba.

Si el capitán , cumpliendo con su deber , se negaba á llevarnos á Cuba , firmaba su sentencia de muerte.

Compadeciéndonos de él , firmábamos la nuestra.

Terrible situación !

El contramaestre no volvía , y como si obedeciéramos á una consigna , los cuatro reconocimos á un tiempo nuestros fusiles.

Habría pasado un cuarto de hora cuando salió de la cámara.

El momento había llegado. La suerte estaba echada , y no podíamos retroceder.

Pero cuando vimos que ántes de dirigirse á nosotros habló en secreto con el timonel y otros dos marineros , nos convencimos de que no había remedio.

Por fin se acercó y nos dijo :

—No constando en el rol ningún individuo con el carácter de militar , ordena el capitán que me entregéis el documento que autorice vuestro embarque.

—Decid al capitán , le contestó nuestro compañero , que traemos órdenes reservadas y que no podemos confiarlas á nadie

—El caso es , dijo el contramaestre , que acaba de recogerse algo indispuerto , y no me atrevo.....

—Pues dejadlo para mañana; así como así.....

—Qué diablo! teneis razon; guardad vuestras órdenes, que yo guardaré la fragata. Y si me pregunta luégo, cuando se levante á hacer el cuarto, le diré..... eso; que no habeis podido entregarme los documentos que traeis, porque son tan reservados que sólo á él debeis presentarlos.—Qué os parece?

—Muy bien, dije yo; mas si usted se compromete....

—Quiá! yo supongo que vosotros no sereis piratas... Pero qué cabeza la mia! Tambien me ha dicho que, si sois del ejército del duque, os aloje en el rancho del maestro.

—Puede usted conducirnos desde luégo adonde guste.—No sólo pertenecíamos á su ejército, sino que le pertenecemos en cuerpo y alma.

—Vaya un alegron que se llevará mañana! Ya me parece que le oigo decir:—Damian! ¡trae de beber y di al maestro que prepare un rancho extraordinario para la gente! ¡ Cuando digo que mañana va á ser un grandia! ¡Vamos, vamos á descansar, y Dios quiera que se pase pronto la noche!

Diciendo esto nos condujo á la habitacion del maestro, quien nos recibió con esa ruda amabilidad que caracteriza al hombre de mar.

El departamento en que entramos era una especie de cajon ó camarote de unos dos metros de ancho por tres de largo. Apénas pusimos el pié en aquella jaula, el contra maestre hizo una seña al maestro, que, sin pronunciar una palabra, desapareció.

El bueno del contra maestre, que observó nuestra

sorpresa, no pudo contenerse, y dirigiéndose á mí, exclamó:

—Qué! ¿se extraña usted de que á bordo se obedezca tan ciegamente? La ordenanza del marinero es rígida, sin ser cruel como la de ustedes. Aquí se hila muy delgado, pero pagan bien y se sirve mejor.

En aquel momento aparecieron los dos marineros con quienes habia hablado al salir de la cámara del capitán, y detras de ellos el maestro, cargado con un cajon pequeño, pero pesado, á juzgar por el esfuerzo que hizo para bajar.

Las palabras del contramaestre, — «guardad vuestras órdenes que yo guardaré la fragata;» sus secretos con los dos marineros, y por último, aquello de — «aquí se hila muy delgado,» eran motivos bastantes para temer una sorpresa; por cuya razon no nos atrevíamos á sentar y continuábamos de pié, aunque balanceándonos sin querer por efecto del movimiento del buque.

Teníamos el fusil entre las manos, y esto nos tranquilizaba algun tanto.

Frente á nosotros habia cuatro hombres robustos y conoedores del terreno, cuyas intenciones ignorábamos, como ellos ignoraban las nuestras; por consiguiente, debíamos estar preparados para la lucha.

Apénas vió el contramaestre el cajon que bajaba el maestro, nos dijo:

—Ahí tenemos el huésped que nos ayudará a pasar la noche: es un digno camarada á quien debemos hacer los honores de capitán; con que así, dejad vuestros fusiles en ese rincon; y tú, Jaime, amárralos á aquel bo-

ton, no haga el diablo que se caigan y nos visite la cabeza alguna bala; porque supongo que estarán cargados.....

—Sí, señor; lo están desde Sevilla, contesté yo.

Miéntas disponia el contraamaestre lo que se debia hacer con nuestros fusiles, reflexioné que en caso de lucha, de nada podrian servirnos por lo estrecho del lugar en que nos hallábamós, y no tuve inconveniente en aceptar la proposicion, calculando ademas que hallándose atados, no podrian tampoco ser útiles á nuestros enemigos, si es que lo eran. Por otra parte, conservábamós las bayonetas, y esto era bastante para defenderse, puesto que cada uno de ellos no tenía más arma que un cuchillo, cuyo mango se veia asomar por entre la faja.

Sin duda hubieron de hacerse esta misma reflexion mis compañeros, cuando sin decir una palabra colocaron sus fusiles al lado del mio, quedando amarrados los cuatro y sujetos al boton que habia indicado el contraamaestre.

Miéntas nosotros estuvimos ocupados en esta operacion, colocó el maestro el consabido cajon en medio del camarote, levantó la tapa, y vimos que contenia algunos trozos de salchichon y de cecina, un queso entero de bola y galletas en abundancia.

—Ea, muchachos! dijo el contraamaestre; al abordaje! Y comenzó á sacar uno tras otro los manjares que contenia, indicándonos despues el sitio que debíamos ocupar.

Obedecimos sin replicar, previas las gracias de ordenanza, y cada uno se colocó en su puesto.

Los dos marineros con quienes habia hablado sobre cubierta, sacaron dos botellas cada uno y fueron á colocarse en el sitio que les designó su jefe.

La escena, como se ve, cambió por completo.

—Antes de comenzar esta maniobra, bueno será inspeccionar si el camino está franco, dijo el contramaestre riendo con la mayor naturalidad.

Y diciendo así tomó una de las botellas y llenó los ocho vasos de hoja de lata que él mismo habia preparado, proponiendo un brindis, que todos aceptamos.

Un momento despues se veian ocho brazos levantados sosteniendo cada uno un vaso lleno de vino.

—¡Á la salud del general Espartero, á la del capitán y á la nuestra!

—Sea! gritamos todos á un tiempo.

Desde aquel momento no se pensó más que en comer.

La cena duraria una hora, poco más ó ménos, siendo amenizada con las oportunas ocurrencias del contramaestre, que á decir verdad no necesitaba ayuda para animar la reunion.

Los brindis se repitieron con frecuencia y siempre con entusiasmo, porque todos fueron en memoria de algun objeto querido.

Sólo faltaba el mio, lo cual extrañó al contramaestre, y áun á mis compañeros, que alentados ya por la franqueza de aquella buena gente, me obligaron á ello.

—Cómo se llama la fragata? pregunté algo conmovido.

—*Gloria de España!* contestó el contramaestre.

—En ese caso mi brindis despertará dos sentimientos: uno para ella; otro... para mi patria, de donde salgo niño y sabe Dios si volveré hombre.... Brindo, pues, por la *Gloria de España!*

La contestacion fué unánime, como puede suponerse, y tan entusiasta que vi rodar por la mejilla de alguno dos gruesas lágrimas.

Media hora despues, cada uno procuraba dormir ó arreglar sus cuentas.

Las mias eran cortas, pero dificiles.

Por fin me dormí.

Cuando desperté me hallaba rodeado de un grupo de marineros que hablaban en voz baja, y en el que no veia á mis compañeros.

Mi primer impulso fué desenvainar la bayoneta y acometer á los que yo creia enemigos; pero me detuvo el recuerdo de mis amigos, cuyo destino ignoraba; así es que me levanté de un salto, y dirigiéndome á uno de ellos, le pregunté con ira:

—Adónde están mis camaradas?

—No hay que alarmarse, jóven, me contestó con calma; se hallan sobre cubierta arreglándose para ver al capitán, que los ha llamado hace un instante.

—En ese caso ¿me permitireis que suba tambien á hacer lo mismo?

—Por qué no? dijo el más viejo; pero ántes desearíamos que *tomase usted la mañana* con nosotros.—Hemos

oido decir al contramaestre que puede usted brindar donde brinden hombres, y esperamos que nos haga usted la honra de aceptar esta copa de aguardiente: la bebida no es muy suave que digamos; pero da fuerzas para trabajar, que es lo único que hace á bordo el pobre marinero; y el que ofrece lo que tiene.....

—Venga, pues, dije yo, un poco más tranquilo.— Me piden ustedes que brinde, y voy á hacerlo; mas con una condicion.

—Cuál es? dijeron todos á un tiempo.

—La de que no han de olvidar jamás que son españoles, cualquiera que sea el compromiso en que se hallen.

—Bien poca cosa pide usted, dijo uno de ellos; somos marinos y basta.

—¡En ese caso, brindo por que la fragata *Gloria de España* no se manche jamás con sangre española!

—Jamás! repitieron todos con entusiasmo.

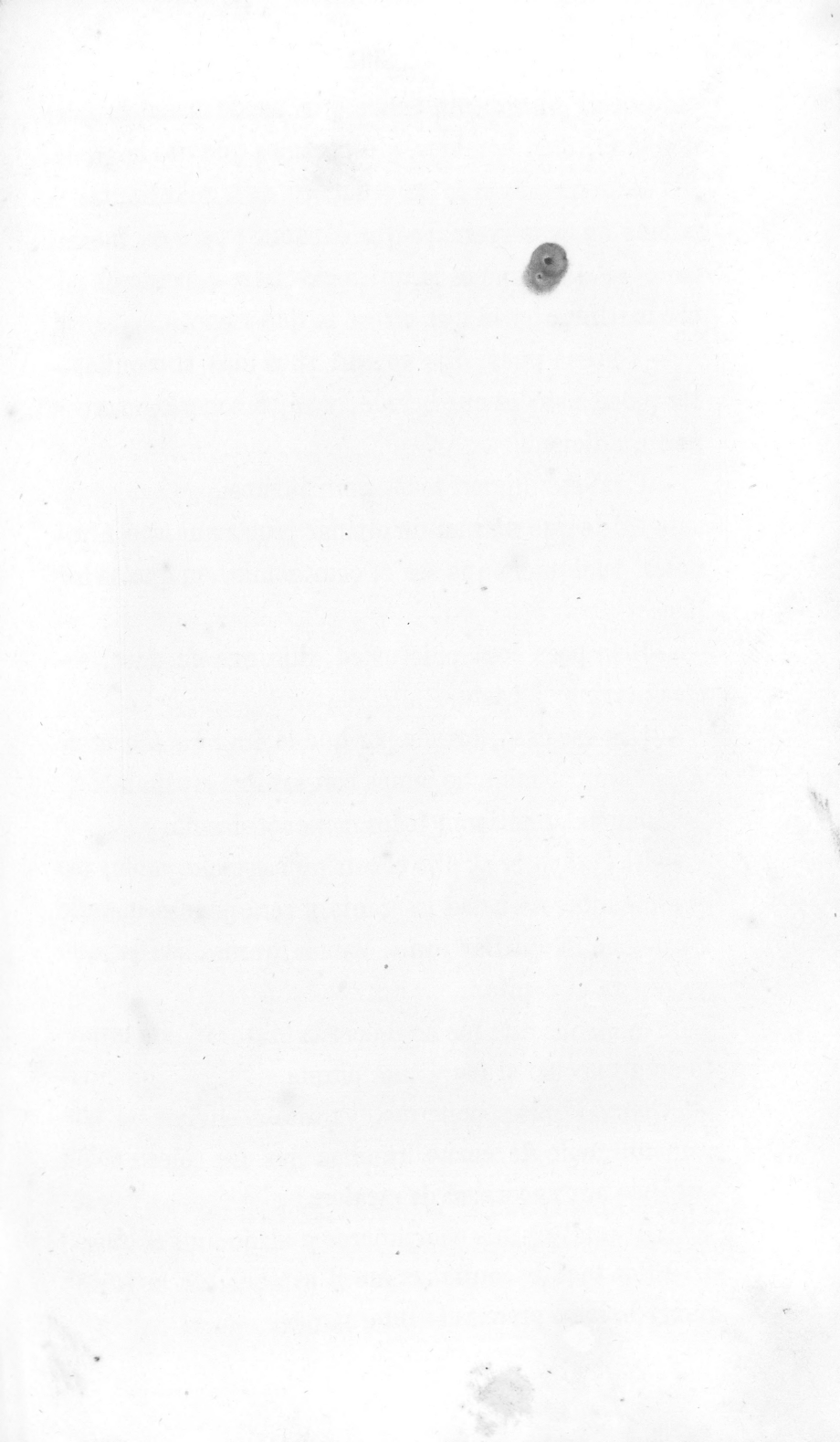
—Eh! *mi general*, dijo el contramaestre bajando; veo que me alborota usted la gente y será preciso meterle á usted en Santa Bárbara... Vamos, vamos arriba, que ya espera el capitán.

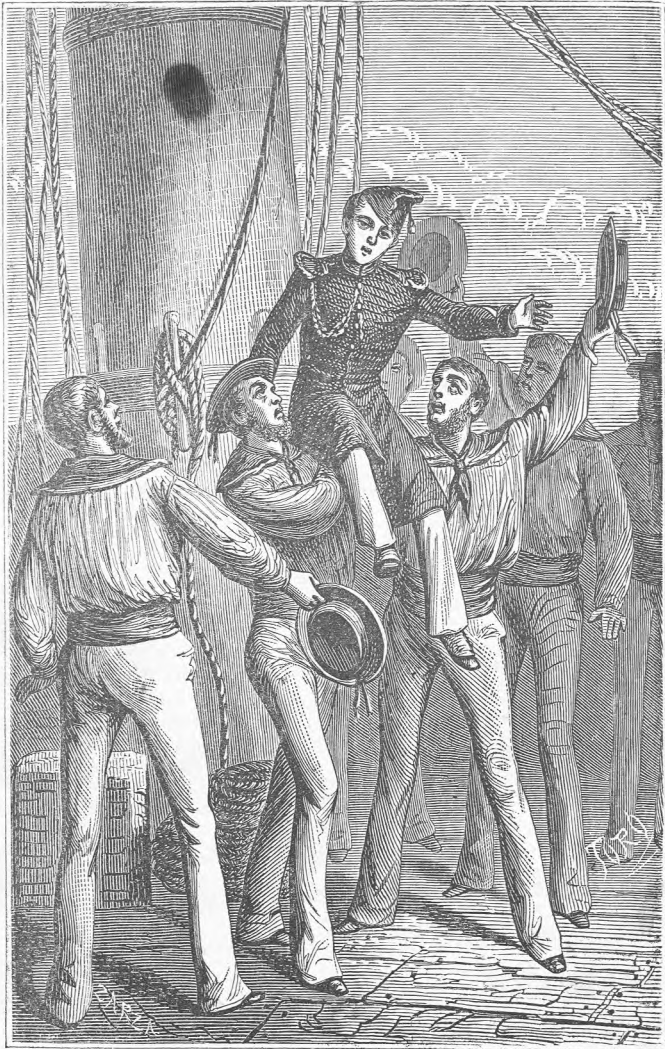
Y diciendo esto me cogió por la cintura y me levantó en alto como si fuera una pluma.

Cuando quise oponerme, ya estaba encima de una inmensa mole de carne humana que me colocó sobre cubierta sin necesidad de escalera.

Allí estaban mis compañeros y abajo los fusiles.

Ellos tenían confianza en el capitán, de cuyo carácter habían procurado informarse.





Cuando quise oponerme, ya estaba encima de una inmensa mole de carne humana.

Yo no las tenía todas conmigo y temia un desenlace fatal, á pesar de la promesa que me hizo la tripulación.

—¿No os parece, les dije, que, con pretexto de descargar los fusiles y limpiarlos, debemos subirlos por si llega el caso.....

—Nada temas; para morir matando nos bastan las bayonetas. Abrigas algun recelo, ó es que tienes miedo?

—Tal vez! no quisiera matar á nadie, y ménos á un marino.....

—Pues no te apures, que Dios y nuestra buena idea nos sacarán á salvo.

—El capitan espera, gritó en aquel momento un marinero.

—Allá vamos, contestamos los cuatro á un tiempo.

—Iré yo solo, dijo nuestro compañero, como autor del plan, y si ordena que vayais, entónces os presentareis.

Se dirigió á popa, y bajó la escalera de la cámara con la misma serenidad que si bajase la del cuartel.

Esta vez sí que habia llegado el momento fatal!

Los marineros, entretanto, que ignoraban el misterio de nuestro viaje, nos habian rodeado y nos asediaban á preguntas sobre las ocurrencias de Granada y de Sevilla.

Nosotros contestábamos alternativamente, pero sin saber lo que decíamos, porque los tres teníamos el pensamiento fijo en nuestro compañero y en el capitan de la fragata.

Nos hallábamos ya á 120 millas de Cádiz, y si bien

no era fácil retroceder, podíamos arribar á Canarias, donde seríamos juzgados con todo el rigor de la ordenanza.

En aquel momento, un incidente imprevisto vino á empeorar nuestra situacion, ó mejor dicho, á alarmarnos hasta el punto de echar mano á las bayonetas y disponernos á socorrer á nuestro compañero.

Subia éste la escalinata de la cámara, y de pronto le vimos oscilar y caer; pero cuando llegamos á la toldilla de popa ya subia otra vez, apoyado en el hombro del capitan, que al verle descender corrió en su auxilio.

—No es nada, nos dijo; perdí el equilibrio.....

—Y se fué á pique, gritó el contramaestre desde la primera cofa del palo mayor.

Á la vista del capitan nos descubrimos todos con el mayor respeto.

—Cada uno á su puesto, dijo á los marineros; y ustedes pueden seguirme, cuidando no resbalar..... las caidas en estos sitios son peligrosas..... no siempre hay quien preste su ayuda.....

Bajamos á la cámara.

El capitan se sentó, invitándonos á hacerlo tambien frente á él.

Encendió un habano, dándonos luégo otro á cada uno, y después de un momento de silencio continuó:

—¿Ustedes saben el compromiso en que me han puesto y en el que se hallan?

Ninguno respondió.

—El silencio que guardan es la mejor contestacion.

Pues bien: mi deber es entregarles á la autoridad.

—Primero la muerte! exclamé yo sin poderme contener.

—Más prudencia, jóven, más prudencia.—He dicho ya cuál es mi deber..... al que no faltaré por nada de este mundo..... Las amenazas no me asustan..... Estoy acostumbrado á las tormentas y no las temo..... Veo el peligro y corro á él para tener la gloria de vencerle, porque tal es el deber de todo hombre que, como yo, ha contraído un compromiso con la sociedad.....

Hasta aquí llega el capitán..... Ahora veremos hasta dónde puede llegar el hombre..... (1)

El espacio en que, como tal, puedo girar, es muy reducido, y á pesar de mis deseos no puedo ensancharlo.

Sin embargo, veré lo que puedo hacer en obsequio de ustedes, pero sin garantizar el resultado.

Ante todo, les exijo una ciega obediencia, y mucho tacto para no venderse y venderme; porque entonces..... comenzaria á ejercer sus funciones el capitán.

El tono grave y dulce á la vez con que aquel hombre hablaba, nos infundia valor y confianza.

Cómo no ayudarle á salvarnos!

Después de algunos instantes, preguntó:

—Con qué dinero cuentan ustedes?

(1) No he querido citar nombres propios porque no debo.— Tampoco he querido dar á conocer bajo un nombre supuesto á los personajes que figuran en esta historia, porque prefiero el incógnito á la fábula: conste que es historia, y esto me basta.

—Con unos trescientos reales.

—Hace falta más.

Y sacando de un precioso secreter cuatro onzas de oro, dijo entregándolas á nuestro compañero:

—Ya he dicho á ustedes lo que deben hacer. Prudencia y confianza sobre todo.—Pueden retirarse, y no olviden que ántes de llegar á Cuba, están las islas Canarias y Puerto-Rico.....

Cuando salimos de la cámara del capitán, comprendimos todo lo grave de nuestra situación.

Sin embargo, alentados por las palabras de aquel honrado marino y probado liberal, no titubeamos en despojarnos de nuestros uniformes, entregar las armas al contramaestre, con pretexto de que guardadas estarían mejor, y dedicarnos á ayudar á los marineros para acabar de conquistarnos su amistad.

Quisimos pagarles la ropa que nos facilitaron, pero no lo permitieron. Perteneíamos al partido de su capitán, á quien amaban con toda su alma, y esto era título bastante para que dispusiéramos de cuanto poseían.

Desde aquel día la fragata *Gloria de España* contaba cuatro hombres más en su tripulación.

Á los treinta y cinco días de navegación, sin más contratiempo que algunos chubascos, avistamos el castillo del Morro, situado en la embocadura de la bahía de la Habana.

Previo el saludo de ordenanza y las preguntas del vigía, contestadas satisfactoriamente por nuestro capitán, se presentó la falúa de Sanidad para examinar y reconocer la patente, y dar entrada á la fragata.

Concluida esta operacion, y visto que el documento estaba limpio y en debida forma, subieron á bordo las autoridades para acompañar al buque hasta su fondeadero.

Hecho esto, y despedidas aquéllas, llamó el capitán al contramaestre y le dijo delante de nosotros:

—Estos cuatro sargentos, cuyo disfraz ha favorecido usted sin saberlo, son emigrados. Nuestro deber es ampararles, y desde hoy encargo su cuidado al celo y patriotismo de usted. Que esto continúe siendo un misterio para la tripulacion, pues aunque tengo confianza en ella, no debemos exponernos á que una palabra inconveniente, hija de su amor á las instituciones liberales, comprometa á estos desgraciados, por quienes me intereso como si fueran mis hijos. Yo voy á tierra en este momento y les proporcionaré dónde estar. Dentro de una hora los conduce usted á casa de mi consignatario, diciéndoles ántes, pero de manera que lo oiga la tripulacion, que miéntras esté la fragata en la bahía deben considerarla como su verdadero cuartel, viniendo á comer y dormir á ella.

Salió el contramaestre y quedamos frente de aquel hombre, sin atrevernos á mirarle.

—Ya han oido ustedes lo que acabo de ordenar. Por ahora es cuanto puedo hacer. Luégo veremos si la fortuna quiere seguir favoreciéndonos.

Bajo este concepto, quedan desde ahora en libertad de obrar, pero siempre en armonía con mis instrucciones.

—Antes de retirarnos, le dije, voy á pedirle una gracia.

—Hable usted; y si está dentro de mis atribuciones, concedida.

—Que nos permita usted estrechar su mano, capitán.

—Para ustedes tengo los brazos.

No habia terminado la frase, y ya los cinco formábamos un grupo.

Una hora despues nos hallábamnos en el despacho de un rico comerciante, cuya amabilidad rivalizaba con la del capitán. Ambos dispusieron que nos equipáramos de trajes del país, y aquella misma tarde fuimos á la fragata completamente transformados.

No era un sueño.

La tripulacion en masa nos esperaba para comer el rancho de la tarde, mejorado con carne fresca y pan tierno.

¿Á qué detenerme en los infinitos detalles que en aquel dia y durante el viaje habian contribuido á nuestra salvacion y tranquilidad? Baste decir que con hombres como aquellos podia formarse una sociedad sin tacha.

Al dia siguiente nos presentamos en casa del comerciante, segun nos habia ordenado el capitán, y una hora despues fuimos á tomar posesion de nuestros destinos.

Colocados en distintas casas de comercio, con recomendacion expresa de quedar en libertad para visitar la fragata, comenzó para nosotros una vida tan nue-